



**Licenciatura en Relaciones Internacionales, Escuela de Política y  
Gobierno, UNSAM**

**Proyecto de Trabajo Final**

**Tesina de Investigación**

**“Brasil en el regionalismo post hegemónico: su rol como potencia regional  
en UNASUR”**

**Tesista: Camila Villagra**

**Tutor: Juan Ignacio Percoco**

<b>Resumen</b>	<b>1</b>
<b>Introducción</b>	<b>1</b>
<b>Marco teórico conceptual</b>	<b>6</b>
<b>La política exterior de Brasil en los procesos de regionalismo sudamericano</b>	<b>10</b>
El regionalismo cerrado y la CEPAL	11
El regionalismo abierto: el libre mercado a través de MERCOSUR	14
Gobierno de Lula da Silva (2003-2011) en el regionalismo post-hegemónico	17
<b>Brasil y UNASUR: antecedentes y formación</b>	<b>22</b>
Antecedentes de la CSN: las Cumbres Sudamericanas	22
Creación de la Comunidad Suramericana de Naciones	24
Formación y promoción de UNASUR	26
La disputa por el liderazgo con Venezuela	28
<b>Actuación de Brasil en UNASUR: seguridad y defensa, infraestructura y desarrollo</b>	<b>30</b>
Seguridad y Defensa	30
Infraestructura y desarrollo	33
<b>Conclusiones</b>	<b>36</b>
<b>Referencias bibliográficas</b>	<b>40</b>

# Resumen

El presente trabajo analiza el papel de Brasil como potencia regional en el contexto del regionalismo post-hegemónico, con un enfoque en su desempeño dentro de UNASUR. En base al concepto de potencia regional propuesto por Nolte, la investigación examina las políticas regionales brasileñas durante los dos primeros mandatos de Luiz Inácio Lula da Silva (2003-2011), abarcando áreas como seguridad, defensa, infraestructura y desarrollo en el organismo regional. Se argumenta que Brasil, a través del diálogo, la cooperación y la institucionalización de un proyecto de integración surgido a principios del siglo XXI, buscó consolidar su liderazgo en Sudamérica, utilizando este organismo como una herramienta para coordinar un espacio político sudamericano y delimitar su principal área de influencia para proyectar su rol en la escena internacional.

**Palabras claves:** Brasil, UNASUR, regionalismo, potencia regional, post hegemónico.

## Introducción

América Latina se presenta como una región que mostró un constante avance en materia de cooperación e integración a lo largo de su historia. La propia experiencia expuso un extenso recorrido en proyectos integracionales que se basaron en propuestas de desarrollo económico y político, poniendo en juego cuestiones de soberanía y autonomía y buscando vincularse al contexto sistémico en el que la región se encontraba inserta.

En palabras de José Antonio Sanahuja (2010), el regionalismo como tal tiene como objetivo principal generar un espacio en común, tanto geográfica como políticamente, para la construcción de políticas entre los Estados que conforman dicha región.

La experiencia sudamericana del regionalismo se basa en la representación de autonomía frente a cuestiones externas a la región y en generar lazos de cooperación para lograr el desarrollo económico, político y social de los Estados que la conforman. A diferencia de la supranacionalidad que caracteriza el modelo europeo de regionalismo, el concepto de soberanía en América del Sur se construye a partir de la integración regional como herramienta para acordar y equiparar desigualdades frente a las restricciones externas (Rigirozzi y Tussie, 2018).

A diferencia de las teorías europeas de integración regional, América Latina desarrolló paradigmas propios que respondían a sus necesidades y realidades específicas. En este sentido, surgieron propuestas teóricas como el cepalismo, el estructuralismo y la Teoría de la Autonomía, que se constituyeron en pilares de los distintos períodos de regionalismo y en referencias para los modelos económicos adoptados por los Estados latinoamericanos. Estas corrientes no solo promovían una integración más independiente, sino que también vinculaban los procesos regionales con los objetivos de desarrollo económico y social.

A partir de esta diferenciación de Europa, la región presentó distintas formas de representación de regionalismos: identificamos la década del 60 como un regionalismo latinoamericano “cerrado”, el cual nace a partir de las ideas planteadas por la CEPAL en búsqueda de proteger el mercado interno de la región. En este contexto, se planteó el modelo ISI, sustituyendo las importaciones por la industrialización de bienes intermedios (Garrido Carrasco, 2008). Durante la década de 1990, en un contexto internacional caracterizado por la unipolaridad de Estados Unidos, América Latina se alineó con el ideario del libre mercado. Este proceso se expresó a través del modelo de “regionalismo abierto”, entendido como un programa de liberalización comercial y financiera que se implementaba mediante políticas no arancelarias y buscaba incrementar los flujos comerciales en la región. El MERCOSUR se erige como un claro ejemplo de este enfoque orientado a la integración bajo las premisas del mercado (Briceño Ruiz, 2014).

Sin embargo, a inicios del siglo XXI, y en respuesta a las limitaciones y crisis evidenciadas por el modelo de los años noventa, se desarrolló un enfoque alternativo. Distintos autores, como Alves do Carmo (2012), Sanahuja (2010), y Riggirozzi y Tussie (2018), describen este nuevo modelo como “regionalismo poshegemónico” o “post-liberal”, el cual reflejaba las nuevas orientaciones de los gobiernos sudamericanos dentro del contexto regional marcado por un "cambio de época". Este cambio implicaba una mayor orientación hacia la autonomía y la cooperación entre los Estados de la región, cuestionando las lógicas neoliberales predominantes en el modelo anterior.

A lo largo de las décadas, estos distintos períodos de integración regional fueron consolidándose a través de la institucionalización progresiva de sus procesos. En cada fase, los organismos internacionales creados para respaldar la integración desempeñaron un rol central, representando de forma conjunta los intereses de los Estados latinoamericanos y facilitando la materialización de proyectos alineados con el contexto político y económico del sistema

internacional. Ejemplos de estos organismos incluyen la ALADI, ALALC, el MERCOSUR, el ALBA y la Alianza del Pacífico, cada uno con características y objetivos particulares, pero compartiendo la meta de fortalecer la cooperación regional en un entorno global en constante cambio.

Bajo esta interpretación del rol de los organismos regionales, se conforma la Unión de las Naciones Sudamericanas (UNASUR) en búsqueda de consolidar a la región como un bloque geopolítico defendiendo los intereses en común y apostando al multilateralismo (Castell, Lugo, Malagón & Roa 2017). En ese sentido, la UNASUR funcionó como un proyecto regional motorizado a través del diálogo y la participación de todos sus países miembros.

Según autores como Sanahuja (2010), Riggirozzi (2018) y Tussie y Riggirozzi (2012), el surgimiento de este nuevo modelo de integración en América Latina fue impulsado por la sincronía ideológica entre los gobiernos sudamericanos, quienes compartían una visión crítica del modelo liberal predominante. En contraposición a ese esquema, las capitales del sur promovían una integración sustentada en una agenda de desarrollo e industrialización, orientada hacia objetivos políticos y sociales que buscaban mayor autonomía y equidad.

Por otra parte, autores como Malamud (2011) y Burges (2009) destacan el papel fundamental de Itamaraty, el Ministerio de Relaciones Exteriores de Brasil, en la formulación de un proyecto regional iniciado durante la administración de Fernando Henrique Cardoso (1995-2002) y potenciado con la llegada de Luiz Inácio Lula da Silva al Planalto. En esta línea, Brasil asumió un rol de árbitro en las relaciones sudamericanas, lo cual se reflejó en su papel en la creación y consolidación de UNASUR (Riggirozzi, 2018; Alves do Carmo, 2014).

La perspectiva de Riggirozzi (2018) y Alves do Carmo (2014) permite comprender cómo la actuación de los Estados puede modificar o mantener agendas regionales, especialmente en función de su nivel de relevancia e influencia en cuestiones de integración. En el contexto del regionalismo poshegemónico, Brasil se erige como un actor clave, en parte facilitado por el distanciamiento de Estados Unidos de la región sudamericana, lo que permitió a Brasilia consolidarse como un líder en procesos de integración. En esa misma línea, Gratius (2007) ha señalado cómo en las últimas décadas, la participación de Brasil en la creación y promoción de organismos regionales como UNASUR y el ALBA ha afianzado su posición como potencia regional en el subcontinente. La autora explica que, debido a su capacidad militar, cultural, socioeconómica y geográfica, cumple con los requisitos para ser considerada una potencia

regional. En cuanto a su compromiso regional, entendemos que es reciente y se fundamenta en dos principios: la promoción de la integración a través del diálogo y la prevención y resolución de conflictos actuando como mediador.

La revisión de los antecedentes discutidos nos lleva a considerar la importancia de un estudio profundo sobre las políticas exteriores de Brasil orientadas a los procesos de integración en Sudamérica, y a UNASUR en particular. Este análisis permite explorar con mayor precisión el papel que ha desempeñado Brasil en la nueva fase del regionalismo sudamericano que comenzó en los primeros años del siglo XXI (Falomir Lockhart, 2013). En este marco, surge un debate entre quienes interpretan la actuación de Brasil en UNASUR a partir del concepto de “hegemonía regional” (Chagas & Magalhaes, 2014; Calderón, 2011; Costa, Fuccille y Pereira, 2017), sugiriendo que Brasil utilizó a UNASUR como un vehículo para proyectar sus políticas en la región. En contraposición, otros autores integran a Venezuela como un actor clave y entienden que Brasil ejerció una posición de potencia media, adoptando un rol conciliador a través de su soft power, característico de su posición en la estructura regional (Ríos Sierra, 2011).

A partir de este análisis, consideramos relevante examinar en profundidad la actuación de un Estado de la envergadura de Brasil en un organismo regional con las características de UNASUR. Este enfoque no solo contribuiría a una mejor comprensión del rol de Brasil, sino que también enriquecería los debates planteados por diversos académicos respecto al equilibrio de poder y liderazgo en la región.

A partir de lo expuesto, este trabajo plantea como interrogante central analizar de qué manera Brasil ejerció su rol de potencia regional a través del mecanismo de UNASUR durante el período 2003-2011. La selección de este recorte temporal se fundamenta en la centralidad que la presidencia de Luiz Inácio Lula da Silva otorgó a las relaciones regionales, impulsando una nueva fase de regionalismo en América del Sur mediante políticas exteriores orientadas hacia la integración. Este periodo se caracteriza, además, por un contexto de transformación regional hacia un modelo de regionalismo renovado.

Derivado de esta pregunta de investigación, el objetivo principal de este trabajo es analizar el rol de Brasil como potencia regional en el proceso de conformación y desarrollo de UNASUR entre los años 2003 y 2011. Para alcanzar este objetivo, se plantean los siguientes objetivos específicos: caracterizar el proceso de integración regional representado por UNASUR;

describir las directrices generales de la política exterior brasileña durante los mandatos de Lula da Silva; identificar las funciones propias de una potencia regional en un contexto de integración; y examinar las políticas y acciones emprendidas por Brasil en el marco de UNASUR. Estos objetivos específicos orientan el análisis y permiten abordar de manera integral nuestro objetivo principal.

Con base en los antecedentes de investigación y en el marco teórico y conceptual de este trabajo, planteamos como hipótesis que Brasil desempeñó un rol fundamental en la conformación y funcionamiento del proceso de integración representado por UNASUR, actuando en calidad de potencia regional. En ese sentido, logró construir una identidad sudamericana y delimitar su espacio de proyección de poder, a través de los recursos materiales e ideológicos que presenta el Estado brasileño. A su vez, podemos identificar que la promoción de la integración sudamericana durante el gobierno de Lula da Silva significó ocupar el lugar de principal ordenador de la región.

La metodología empleada en este trabajo combina un enfoque cualitativo basado en el análisis documental y una revisión bibliográfica exhaustiva. Se analizaron fuentes primarias, como documentos oficiales de UNASUR, discursos y políticas del gobierno brasileño, y planes estratégicos, como el Plan Nacional de Defensa de Brasil (2008). Estas fuentes permitieron interpretar de manera directa el rol de Brasil en los procesos de integración regional.

Adicionalmente, se consultaron estudios académicos clave que abordan el regionalismo post-hegemónico, la política exterior de Brasil y los conceptos teóricos asociados, como el de potencia regional propuesto por Nolte. Este marco conceptual guió la selección y análisis de casos, como la creación del Consejo de Defensa Sudamericano (CDS) y el COSIPLAN, para evaluar la influencia de Brasil en la configuración de agendas regionales.

Sin embargo, se reconoce que el enfoque metodológico tiene limitaciones. Al centrarse principalmente en fuentes documentales y bibliográficas, el análisis puede no captar matices derivados de las percepciones y dinámicas internas de otros Estados miembros. Este sesgo se buscó mitigar a través de la triangulación de diferentes tipos de fuentes, incluyendo estudios críticos del regionalismo post-hegemónico y reflexiones sobre los límites del liderazgo brasileño.

Este trabajo se organiza en cinco apartados. El primer apartado presenta el marco teórico utilizado y los conceptos implementados para su desarrollo. La segunda sección se centra en la política exterior de Brasil durante los distintos procesos de regionalismo en Sudamérica analizando las ideas, representaciones y objetivos planteados desde Itamaraty. El tercer apartado continúa el análisis al desarrollar el rol de Brasil en UNASUR, mientras que el cuarto apartado examina el papel de Brasil como potencia regional a partir de sus iniciativas y estrategias dentro del organismo en especial en lo que respecta a Seguridad e Infraestructura. Finalmente, el trabajo concluye con un análisis que responde al interrogante central y evalúa el impacto de Brasil en el regionalismo post-hegemónico sudamericano.

## Marco teórico conceptual

Para el análisis de este trabajo, resulta fundamental definir el concepto de "potencia", un término ampliamente abordado desde las teorías realistas de las relaciones internacionales. En este trabajo se entiende por potencia al concepto planteado por las teorías realistas de la disciplina que refiere a aquellos Estados que poseen las capacidades militares y económicas necesarias para influir o ejercer poder sobre otros Estados. Desde esta perspectiva, las potencias pueden proyectar su influencia a través de estrategias geopolíticas, manteniendo así una posición dominante dentro de la estructura del sistema internacional (Rocha Valencia & Morales Ruvalcaba, 2011). Este enfoque clásico pone énfasis en la superioridad material de un Estado-nación, entendida como un factor esencial para alcanzar sus objetivos y fortalecer su presencia global.

No obstante, además de esta visión centrada en lo material, existe una concepción más amplia del poder, que incluye también dimensiones inmateriales como la influencia cultural e ideológica. En este contexto, Joseph Nye (2004) introduce el concepto de "soft power", que redefine la noción de potencia al integrar elementos de persuasión y atracción. Para Nye, el poder de un Estado no se limita a su capacidad militar o económica, sino que se expande hacia su habilidad para influir en otros a través de sus valores y su atractivo cultural.

Avanzando en esta discusión, Detlef Nolte (2006) profundiza en las distintas lecturas sobre el poder para explicar las jerarquías de influencia en el sistema internacional. Si bien desde una perspectiva exclusivamente material y militar, Estados Unidos es la única potencia global, Nolte sugiere que para comprender la complejidad actual de las relaciones internacionales es

fundamental incluir otras dimensiones de poder. En este sentido, introduce la idea de potencias regionales, medias y emergentes, reconociendo un abanico de roles que responden a múltiples factores. Este enfoque es central para nuestro trabajo, ya que permite examinar el rol de Brasil como potencia regional en Sudamérica.

Dentro de esta investigación, el concepto de “potencia regional” resulta clave, ya que proporciona un marco de referencia para analizar el papel de Brasil en la creación de UNASUR y permite articular las diferentes dimensiones que componen su influencia en la región. La definición de Nolte (2006), basada en los aportes de Neumann (1992) y Osterud (1992), caracteriza a una potencia regional como un Estado que:

- Forma una base regional demarcada geográficamente en la cual ejerce influencia para establecer su delimitación.
- Cuenta con los recursos materiales (militares, económicos, demográficos), institucionales (políticos) e ideológicos necesarios para proyectar su poder en la región y manifestar su liderazgo.
- Mantiene interconexiones económicas, políticas y culturales con los demás Estados de su región.
- Ejerce una influencia significativa en los asuntos regionales, estableciendo actividades y promoviendo estructuras de gobernanza regional.
- Define la agenda de seguridad regional, actuando como referente en temas de defensa.
- Su liderazgo es aceptado y respetado por los demás Estados de la región.
- Participa en foros interregionales y globales como representante de los intereses regionales.

Por tanto, para consolidar ese rol de potencia regional, un Estado debe contar con recursos materiales, institucionales e ideológicos que le permitan proyectar su poder. Asimismo, es fundamental que promueva la creación de instituciones, organismos y foros que respalden su liderazgo, no solo desde su perspectiva nacional, sino también desde la aceptación y apoyo de otros Estados en la región (Nolte, 2006).

En consonancia con la definición de Nolte, Rocha Valencia y Morales (2011) profundiza en el concepto de potencia regional al caracterizarla como un Estado semiperiférico, cuya posición

en el sistema global está marcada por procesos en curso de consolidación democrática y modernización. Estos autores subrayan que, para que un Estado sea considerado una potencia regional, debe ejercer una combinación de hard power y soft power: por un lado, a través de sus recursos materiales —como el poder económico y militar—, y, por otro, mediante su capacidad de influir en la agenda regional, proyectando valores e intereses que refuercen su liderazgo. Esta dualidad en el ejercicio del poder permite que el Estado se legitime como potencia, tanto en el ámbito regional, donde busca liderar y construir consenso, como en el sistema internacional, donde se destaca frente a otras potencias regionales. En este sentido, la habilidad de integrar influencias materiales e ideológicas se convierte en un elemento distintivo que consolida su posición y su reconocimiento como potencia regional.

Luego de explorar el concepto de potencia regional y su importancia en la configuración del liderazgo de un Estado, es necesario ampliar nuestro análisis hacia un ámbito mayor: los estudios sobre regionalismo. Este enfoque nos permitirá entender cómo Brasil, como potencia regional, se inserta en proyectos de integración más amplios que buscan consolidar la cooperación y armonización en América del Sur.

Para ello, resulta fundamental definir qué entendemos por “regionalismo”. Este término ha sido interpretado de diversas maneras por académicos de la disciplina, lo cual impide establecer una definición canónica universalmente aceptada. Sin embargo, siguiendo a Molina (2007), podemos comprender el regionalismo como un proyecto de integración en el cual se crean regímenes de cooperación entre los Estados. Este concepto abarca tres aspectos centrales: la formación de un subsistema regional; la integración comercial en una zona geográfica específica; y la formulación de políticas exteriores armonizadas entre los Estados participantes (Bernal-Meza, 2009).

El contexto y caso seleccionado en esta investigación nos sitúan en una tipología particular de regionalismo sudamericano, el denominado “regionalismo post-hegemónico”. De acuerdo con Falomir Lockhart (2013), este tipo de regionalismo se caracteriza por avanzar sin alinearse a los intereses del actor hegemónico global, Estados Unidos, y sin su participación activa. Este proceso, que toma fuerza a principios del siglo XXI, responde al repliegue de Estados Unidos en la región y abre paso a proyectos de integración económica y política autónomos en Sudamérica. Esta noción de post-hegemónica la entendemos también, siguiendo a Pia Riggirozzi (2012, p. 12), como “estructuras regionales caracterizadas por prácticas híbridas como resultado de desplazamiento parcial de formas dominantes de formas de gobernanza

neoliberal dirigidas por Estados Unidos reconociendo la existencia de otras formas de organización y gestión económica de bienes públicos (regionales)”. Por tanto, Rigiroszi y Tussie (2018) explican que los Estados sudamericanos excluyen a Estados Unidos de su agenda y buscan distanciarse de las “recetas” que propone, buscando su propio proyecto político alternativo. En este marco, el rol de Brasil como potencia regional adquiere una dimensión estratégica, ya que se convierte en un actor clave en la promoción de un regionalismo independiente y en la consolidación de un liderazgo regional a través de UNASUR.

En resumen, el marco teórico aquí presentado articula dos conceptos clave: el de potencia regional y el de regionalismo post-hegemónico, que juntos ofrecen una base sólida para examinar la influencia de Brasil en el contexto de integración sudamericana a través de UNASUR. Al entender a Brasil como una potencia regional, es posible reconocer tanto su capacidad de liderazgo como su disposición para proyectar una agenda de cooperación y desarrollo autónoma en Sudamérica. Este papel se despliega en un contexto de regionalismo post-hegemónico, caracterizado por la búsqueda de alternativas a la influencia hegemónica de Estados Unidos y un compromiso con un modelo de integración que enfatiza la autonomía regional y el fortalecimiento del rol del Estado.

La relación entre estos conceptos permite comprender cómo Brasil se posiciona estratégicamente en el liderazgo de UNASUR, promoviendo un modelo de integración que busca distanciarse de las políticas neoliberales de los años noventa y proponer una agenda que responda a los desafíos sociales, políticos y económicos propios de la región. Esta perspectiva es fundamental para analizar cómo Brasil utiliza tanto el hard power como el soft power en el ámbito sudamericano, no sólo en términos de influencia material sino también a través de su capacidad para articular una identidad regional.

En el siguiente capítulo, se examinan las políticas impulsadas por Brasil, especialmente durante el gobierno de Lula da Silva, para entender cómo sus objetivos y estrategias en Sudamérica se alinean con su aspiración de liderazgo regional. Esta revisión permitirá identificar cómo la política exterior brasileña se ha configurado no sólo en términos de intereses económicos, sino también en la búsqueda de una integración regional que responde a un proyecto político y social más amplio. A través de estas acciones, Brasil refuerza su posición como potencia regional y su compromiso con un modelo de regionalismo post-hegemónico que privilegia la autonomía y la cooperación entre los Estados sudamericanos, en contraposición a las influencias hegemónicas tradicionales.

# La política exterior de Brasil en los procesos de regionalismo sudamericano

Esta sección se centrará en comprender los distintos períodos de regionalismo sudamericano y desarrollará un recorrido histórico que describa la evolución de la integración regional en América del Sur, así como la postura que Brasil ha adoptado frente a estos procesos. Nuestro objetivo es comprender cómo, a través de estos distintos procesos de integración, Brasil fue construyendo su identidad y consolidándose como potencia regional, en función de modelos que han reflejado diversas propuestas económicas y políticas. De este modo, buscaremos interpretar las políticas del gobierno de Luiz Inácio Lula da Silva en relación con su proyección regional e internacional.

Es esencial considerar, como señalan diversos académicos (Vigevani, 2014; Barrenengoa y Barceló, 2021), que la política exterior (PE) de Brasil se ha basado en un principio de autonomía<sup>1</sup> que ha perdurado en gran medida durante los diferentes gobiernos democráticos. Como señala Gisella Pereyra Doval (2013), la historia de Brasil, desde el gobierno de Ernesto Geisel, puede ser caracterizada a través de tres etapas o modelos de autonomía:

1. **Autonomía por la distancia:** Esta etapa se caracteriza por el distanciamiento de Brasil respecto a las potencias hegemónicas del sistema internacional, manteniendo firmemente el principio de soberanía nacional. Durante este período, Brasil buscó reducir la dependencia y evitar la influencia directa de los Estados más poderosos, fortaleciendo su capacidad de decisión autónoma en el ámbito internacional.
2. **Autonomía por la participación:** En esta fase, Brasil optó por una mayor participación e inclusión en foros internacionales, organizaciones multilaterales y regímenes globales. La estrategia se centró en influir desde dentro de las instituciones

---

<sup>1</sup> Puig elabora el concepto de autonomía el cual se explica como “la máxima capacidad de decisión propia que se puede tener, teniendo en cuenta los condicionamientos objetivos del mundo real” (Puig 1980, p. 148) y mantiene que los Estados periféricos deben mantener una posición neutral ante los Estados jerárquicos, de manera que esto les de más lugar a incrementar el margen de maniobra de un Estado, aunque respetando la dirección estratégica del poder hegemónico (Briceño Ruiz, 2018). Jaguaribe (1979) considera la autonomía como un nivel dentro de un sistema internacional con distintos grados de capacidad de autodeterminación. Para lograrla, es necesario contar con dos condiciones: viabilidad nacional y permisibilidad internacional (Jaguaribe 1979, p. 96)

internacionales, contribuyendo activamente a la formulación de normas y políticas, y promoviendo sus intereses nacionales en un marco de cooperación multilateral.

3. **Autonomía por la diversificación:** Este modelo se refiere al establecimiento de relaciones con una variedad de Estados y la formación de nuevas alianzas, especialmente con países del Sur Global. Brasil diversificó sus socios internacionales, disminuyendo la dependencia de las potencias tradicionales y ampliando sus opciones en política exterior. Esta etapa implica la búsqueda de nuevas oportunidades económicas y políticas en un contexto global cada vez más multipolar.

Barrenengoa y Barceló (2021) explican que esta evolución “desde la distancia hasta la diversificación” constituye un aporte clave para la construcción de la identidad brasileña en su representación internacional. El contexto histórico y sistémico de cada etapa es determinante en las alternativas y enfoques que adopta el concepto de autonomía en la política exterior de Brasil. Asimismo, la visión política y las percepciones de los distintos gobiernos brasileños juegan un papel esencial en la definición de estas estrategias (Gomes Saraiva, 2013).

Al analizar estas etapas, podemos observar cómo Brasil ha adaptado su política exterior para responder a los cambios en el sistema internacional y a sus propias aspiraciones de liderazgo regional y global. La continuidad del principio de autonomía refleja una constante en la diplomacia brasileña, que busca equilibrar sus relaciones con las potencias mundiales y fortalecer su posición en América del Sur. Esta perspectiva es crucial para entender las políticas implementadas durante el gobierno de Lula da Silva y su impacto en los procesos de integración regional.

## El regionalismo cerrado y la CEPAL

A partir de las décadas del cincuenta y del sesenta, en América Latina se lleva a cabo un modelo planteado por la CEPAL<sup>2</sup> de sustitución de importaciones por industrialización. Los Estados latinoamericanos aplicaron un modelo económico basado en el apoyo del desarrollo industrial, a partir de una activa intervención estatal y de inversiones en distintos sectores que motorizan la economía nacional. A través de reformas, se buscó una redistribución de la economía que

---

<sup>2</sup> La Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) es una de las cinco comisiones regionales de las Naciones Unidas. Se fundó en 1948 para contribuir al desarrollo económico y social sustentable de los países de la región.

lograra disminuir el nivel de dependencia a las exportaciones de materia prima, luego de la experiencia de la Segunda Guerra Mundial. En ese sentido, se buscaron ventajas en un nuevo proceso de sustitución de importaciones (Vadell y Giaccaglia, 2020).

En 1959, se propone desde la CEPAL, una primera idea de integración regional, con un enfoque referido a:

eliminar las barreras al comercio y a la inversión entre los países que comerciaban entre sí, mantener e incluso elevar la protección contra terceros países, extender la planificación y la intervención estatal a nivel regional, regular la Inversión Extranjera Directa [IED] y respaldar todo esto con una arquitectura institucional colectiva cuyo punto claro de referencia era el naciente proyecto de integración europea. (BID, 2002: 36)

La coordinación de políticas económicas y la formación de un proyecto de desarrollo coincidente entre los países latinoamericanos concluyó en lo que, posteriormente, fue denominado como *regionalismo cerrado*. Aunque el modelo de industrialización por sustitución de importaciones mostró buenos resultados en sus primeros años<sup>3</sup>, los países de la región continuaron dependiendo en gran medida de la exportación de materias primas, lo cual limitó el impulso industrial a nivel nacional. Durante este período, los Estados latinoamericanos comenzaron a acumular deuda externa y se intensificó la influencia de Estados Unidos en la región, tanto económica como políticamente. Esta intervención, que incluyó apoyo a regímenes autoritarios, contribuyó a un ambiente de creciente inestabilidad y dependencia. El auge inicial del modelo fue seguido de su colapso, ya que el fuerte proteccionismo generó un estancamiento económico en la región (Garrido Carrasco, 2008).

Para la PE de Brasil, estas décadas fueron cruciales en la construcción de vínculos sólidos con sus países vecinos. Bajo el gobierno de Juscelino Kubitschek<sup>4</sup>, la integración regional se convirtió en un eje central, especialmente en la relación con el presidente argentino Arturo Frondizi, con quien compartía el objetivo de fortalecer la autonomía política y económica de

---

<sup>3</sup> Según datos de la CEPAL (en Morales Fajardo, 2007) este esquema presentó un 5.38% de tasa promedio de crecimiento económico, 6.8% de tasa de crecimiento de las exportaciones y el incremento de la participación de las manufacturas en las exportaciones; de 3%, en 1950, a 9.9%, en 1970, y 14.4%, en 1973.

<sup>4</sup> Juscelino Kubitschek fue presidente de Brasil entre 1956 y 1961. Considerado desarrollista, aumentó la industrialización del país durante su mandato.

sus respectivos países. Ambos mandatarios buscaban consolidar relaciones bilaterales que fortalecieran el modelo desarrollista en América Latina (Vadell y Giaccaglia, 2020).

Durante este período se concretó el establecimiento de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC)<sup>5</sup>, que se convertiría en un hito significativo en el camino hacia la integración y se promovieron diversas iniciativas regionales y acuerdos, tales como la Comunidad del Caribe<sup>6</sup> y el Pacto Andino<sup>7</sup>. Sin embargo, la propuesta integracionista perdió fuerza en las décadas de 1970 y 1980, un período marcado por gobiernos dictatoriales y crisis económicas que llevaron a un incremento exponencial de la deuda externa y a un debilitamiento de las economías regionales.

En Brasil, la dictadura militar (1964-1985) tuvo un impacto significativo en la política exterior y en su enfoque hacia la autonomía. La doctrina de “autonomía por la distancia” tomó un papel relevante en esta época, en la cual el Estado brasileño adoptó una política de alejamiento estratégico de las influencias de las grandes potencias, priorizando su soberanía y control interno (Pereyra Doval, 2015).

El régimen militar brasileño, si bien mantenía relaciones con Estados Unidos, buscó limitar la dependencia excesiva del apoyo norteamericano. En lugar de alinearse completamente con las políticas de Washington, Brasil procuró establecer una política exterior independiente que pudiera proteger sus intereses y reducir la presión externa en asuntos domésticos. Esta “autonomía por la distancia” se materializó en esfuerzos para fortalecer su capacidad de defensa y en el impulso de proyectos estratégicos nacionales, tales como el programa nuclear y el desarrollo industrial, que pretendían asegurar la autosuficiencia en sectores críticos y disminuir la influencia extranjera directa.

Además, durante esta etapa, la dictadura brasileña mantuvo una postura ambigua frente a la integración regional. Por un lado, el régimen buscaba alianzas con otros gobiernos autoritarios en América del Sur para consolidar un frente común contra el avance de movimientos de

---

<sup>5</sup> Surge a partir del Tratado de Montevideo (1960) con el objetivo de incrementar el comercio intrarregional y encontrar nuevos caminos de cooperación sin la presencia de Estados Unidos (Morales Fajardo, 2007).

<sup>6</sup> Fundada en 1973 por el Tratado de Chaguaramas y busca fortalecer las relaciones en la región del Caribe.

<sup>7</sup> A partir de la creación de la ALALC, en 1969 nace el Pacto Andino entre Colombia, Chile, Perú, Ecuador y Venezuela (1973) con la idea de crear un bloque subregional con el propósito de agrupar países de desarrollos homogéneos y economías complementarias.

izquierda, pero, por otro, se resistía a una integración profunda que pudiera suponer interferencias en su proyecto de desarrollo y control interno. Este enfoque de “autonomía por la distancia” tuvo como objetivo preservar la autoridad del gobierno militar sobre el rumbo político y económico del país, evitando, al mismo tiempo, compromisos que limitaran su libertad de acción en el escenario internacional (Pagni Fernández, 2020).

Así, el contexto de la dictadura y su enfoque en la autonomía mediante el distanciamiento de las potencias hegemónicas refleja un periodo en el que Brasil intentó reforzar su posición en la región y asegurar su independencia, a pesar de las tensiones y desafíos internos. Este principio de autonomía continuaría evolucionando en las décadas posteriores, adaptándose a los cambios en el sistema internacional y a la transición democrática en Brasil (Pereyra Doval 2015, Barrenengoa y Barceló 2021).

## El regionalismo abierto: el libre mercado a través de MERCOSUR

En 1985, con los gobiernos de José Sarney en Brasil y Raúl Alfonsín en Argentina, se firma el Acta de Iguazú, un acuerdo que marcó el inicio de un nuevo proceso de integración entre ambos países y, en un sentido más amplio, en América Latina. Este acuerdo tenía como objetivo redefinir las economías latinoamericanas en un contexto donde ambos países enfrentaban altos niveles de deuda externa y mantenían políticas económicas proteccionistas. La reunión entre los presidentes, en un clima de cooperación renovada, estableció las bases para lo que más tarde se convertiría en el MERCOSUR.

La declaración firmada en Iguazú representó un cambio significativo en la relación entre Argentina y Brasil, que durante los años de dictadura se habían percibido mutuamente como amenazas. En contraste con el enfoque de confrontación previo, ambos gobiernos promovieron una visión de vínculos cooperativos que priorizaban no solo la integración económica, sino también la búsqueda de una estabilidad política en la región. Este nuevo enfoque reflejaba el inicio de una transición hacia un tipo de regionalismo diferente, basado en la cooperación y en la construcción de un espacio común latinoamericano.

La firma del Acta de Iguazú no solo sentó las bases para una colaboración económica más estrecha, sino que también introdujo un cambio en el paradigma de las relaciones internacionales en América del Sur, favoreciendo la integración sobre la competencia. Este

espíritu de cooperación marcaría el rumbo de un regionalismo que aspiraba a consolidarse en un contexto global en transformación, y que buscaba no solo superar las tensiones del pasado, sino también establecer un proyecto compartido de desarrollo y estabilidad en la región.

En la década de 1990, en un contexto global transformado por la caída de la Unión Soviética y la consiguiente consolidación de Estados Unidos como única potencia global, el sistema internacional adoptó un modelo de globalización y liberalización del mercado. En este marco, la región incorporó el modelo de desarrollo delineado en el Consenso de Washington un conjunto de políticas orientadas hacia la apertura de los mercados y la reducción de la intervención estatal en la economía (Garrido Carrasco, 2008). A nivel regional, las economías latinoamericanas comenzaron a formar vínculos de cooperación comercial, en los que el libre comercio se convirtió en el eje central de los proyectos de integración.

Este período es comúnmente conocido por los autores como el *regionalismo abierto*. Este modelo de integración se caracterizó por promover relaciones entre los Estados de la región que priorizaran la apertura de los mercados en un marco democrático e institucional, alineado con los principios de globalización económica. Los acuerdos y políticas adoptados durante esta fase buscaban facilitar el flujo de bienes, servicios y capitales, bajo el supuesto de que una mayor integración comercial y financiera contribuiría al desarrollo y crecimiento económico de los países latinoamericanos (Briceño Ruiz, 2014).

Vadell y Giaccaglia (2020) explican que, en este proceso de regionalismo, el futuro de América Latina se dividió en dos proyectos principales. Por un lado, el proyecto liderado por México, que adoptó una perspectiva de política exterior orientada a posicionar a la región como un socio prioritario de Estados Unidos, buscando estrechar lazos con el vecino del norte. Por otro lado, el proyecto impulsado por Brasil, que se centró en consolidar su liderazgo en Sudamérica, estableciendo una distancia estratégica respecto a la influencia estadounidense (p. 1046).

En este contexto, Brasil comenzó a delinear su proyección de poder y a construir una identidad propia para Sudamérica, diferenciándose geopolíticamente del concepto más amplio de América Latina. Esta distinción responde a su interés en fortalecer una identidad regional sudamericana bajo su liderazgo, marcando un cambio de enfoque respecto a la integración latinoamericana dominada por el eje norte-sur (Milani et al., 2015). Los primeros pasos hacia esta visión se dieron durante el gobierno de Itamar Franco con la propuesta de crear un Área

de Libre Comercio de Sudamérica (ALCSA)<sup>8</sup> en 1993, y esta orientación se profundizó bajo el gobierno de Fernando Henrique Cardoso, quien promovió las Cumbres Sudamericanas como un espacio para fortalecer la cooperación y consolidar la unidad de la región en torno a intereses comunes (Goulart Menezes, 2014).

A través de estos esfuerzos, Brasil buscaba no solo fortalecer su rol de potencia regional, sino también consolidar un proyecto sudamericano autónomo, capaz de responder a las necesidades y prioridades de los países de la región. Esta estrategia reflejaba una visión de integración que privilegiaba la autonomía y una mayor independencia frente a las potencias extrarregionales, estableciendo así una base para el desarrollo de un regionalismo que pudiera proyectarse en el ámbito global bajo una identidad sudamericana (Bueno y Vigevani, 2014).

Durante estos años, la administración de Fernando Henrique Cardoso se caracterizó por una mayor presencia en el sistema global y por el fortalecimiento de vínculos con Estados Unidos. El contexto internacional permitía a Brasil, junto a otros países sudamericanos, estrechar relaciones con la hegemonía norteamericana en un sistema unipolar emergente tras la Guerra Fría. En este escenario, el gobierno de Cardoso buscó un protagonismo internacional más marcado, destacándose como mediador en diversos organismos internacionales (Zilla, 2017).

En el ámbito regional, la administración de Cardoso impulsó propuestas económicas con el objetivo de liderar un proceso de integración regional basado en principios liberales. Esto se observa en proyectos como el Banco Regional y, especialmente, en la creación del Mercado Común del Sur (MERCOSUR). MERCOSUR surge con el propósito de conformar un bloque económico entre Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay, promoviendo un área de libre comercio mediante la eliminación de aranceles y consolidando el mercado común entre los países miembros. Este crecimiento en el comercio interregional fue favorecido por una homogeneidad en las políticas económicas y en las propuestas de integración de cada país.

Para Brasil, MERCOSUR representó una oportunidad de expandir sus mercados de exportación, diversificando sus socios comerciales en la región y promoviendo la liberalización de bienes. Esta apertura económica permitió a Brasil afianzarse como potencia económica en América del Sur, lo que, a su vez, le otorgó una influencia directa en las políticas económicas de los países de la región. Además, MERCOSUR contribuyó a la construcción de una identidad

---

<sup>8</sup> Acuerdo multilateral de libre comercio, firmado en Miami durante la I Cumbre de las Américas de 1994, que abarcaba a todos los países del continente americano, con excepción de Cuba.

sudamericana para Brasil, proyectándose como un líder regional y consolidando su posición en un nuevo espacio de poder. Asimismo, este bloque económico facilitó la superación de históricas rivalidades con Argentina, marcando el inicio de un proyecto regional brasileño en el que la cooperación con los países vecinos y con su principal socio comercial se volvió fundamental para alcanzar beneficios compartidos (Milani et al., 2015).

No obstante, aunque MERCOSUR emergió como un proyecto económico regional exitoso, las crisis internas de los Estados latinoamericanos —principalmente de carácter económico, aunque también acompañadas de conflictos sociales y políticos— provocaron tensiones que eventualmente llevaron al agotamiento del modelo de regionalismo abierto.

## Gobierno de Lula da Silva (2003-2011) en el regionalismo post-hegemónico

Frente al agotamiento del modelo de regionalismo abierto, los primeros años del siglo XXI marcan un giro drástico en los proyectos de integración regional en América Latina, impulsado principalmente por el cambio en los gobiernos de los Estados de la región. Diversos factores contribuyeron al debilitamiento del regionalismo abierto y al surgimiento de un nuevo modelo de integración (Briceño Ruiz, 2014), entre ellos:

1. **El ascenso de gobiernos con ideologías de izquierda:** A diferencia de sus predecesores, muchos de los nuevos gobiernos latinoamericanos adoptaron posturas políticas y económicas orientadas hacia una mayor intervención estatal y una crítica abierta al neoliberalismo. Este giro fue evidente en figuras como Néstor Kirchner en Argentina, Hugo Chávez en Venezuela, y Luiz Inácio Lula da Silva en Brasil, quienes promovieron una agenda de integración que buscó mayor autonomía y justicia social.
2. **El fracaso de las negociaciones del ALCA:** El proyecto del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), impulsado por el gobierno de George W. Bush, enfrentó una resistencia significativa en América del Sur, donde varios países mostraron un marcado desinterés en suscribir un acuerdo que perpetuara la influencia económica de Estados Unidos en la región. Este rechazo representó un punto de inflexión, favoreciendo la construcción de alternativas de integración que no dependieran del liderazgo norteamericano.
3. **Las crisis sociales derivadas de las políticas neoliberales previas:** Las consecuencias de las políticas de ajuste estructural y la liberalización de los mercados en los años

noventa generaron una serie de crisis sociales en varios países de la región, lo cual contribuyó al surgimiento de movimientos políticos que cuestionaban el modelo neoliberal y demandaban un cambio en la dirección de las políticas regionales.

Este período de transformaciones en los vínculos regionales ha sido descrito con diferentes términos, entre ellos “poscomercial” (Tussie y Trucco, 2010), “posliberal (Sanahuja, 2010)” y “post-hegemónico (Riggiozzi, 2010)”. En el marco de este trabajo, consideramos más adecuado utilizar el término “post-hegemónico”, ya que este concepto enfatiza el fin de la hegemonía de Estados Unidos en América Latina y abre la posibilidad de construir un regionalismo más soberano y autónomo. Como señala Riggiozzi (2010), este nuevo enfoque de regionalismo se aleja de la visión de los años noventa, la cual era “sinónimo de libre comercio indiscriminado e inserción internacional, sin preocuparse por la calidad de esa inserción”.

Este nuevo modelo de regionalismo se caracterizó por la heterogeneidad en los proyectos políticos de la región. Mientras algunos gobiernos, como los de México, Perú y Colombia, continuaron promoviendo la liberalización del mercado y estableciendo acuerdos bilaterales con Estados Unidos, otros gobiernos, como los de Argentina, Brasil y Bolivia, adoptaron un enfoque diferente, buscando promover una integración regional basada en una agenda social e industrial. Estos gobiernos priorizaron una identidad regional que trascendiera los intereses económicos y que se sustentara en valores de inclusión y justicia social (Briceño Ruiz, 2014).

Así, el regionalismo post-hegemónico surge como un modelo que intenta construir una integración regional autónoma, con una visión que responde a las necesidades y aspiraciones de los países sudamericanos, ofreciendo una alternativa al modelo puramente económico del regionalismo abierto.

En relación con lo planteado anteriormente, la administración de Luiz Inácio Lula da Silva desarrolló su política exterior bajo un modelo que, según los autores Vigevani y Cepaluni (2007), se define como “autonomía por la diversificación”. Este enfoque se caracteriza por la incorporación de nuevos vínculos con Estados emergentes en el escenario internacional, lo que permite a Brasil diversificar sus alianzas y reducir su dependencia de las potencias tradicionales (Pereyra Doval, 2013).

Durante los mandatos de Lula da Silva, es posible identificar continuidades en la proyección internacional de Brasil, construida sobre las bases establecidas por la administración de

Fernando Henrique Cardoso. Según Zilla (2017), Lula no solo mantuvo esta orientación, sino que además profundizó el posicionamiento internacional de Brasil, otorgándole un mayor protagonismo en los asuntos sudamericanos. Esta estrategia respondió a un contexto internacional transformado, en el que nuevas potencias emergieron en distintas regiones del mundo, permitiendo a Brasil establecer relaciones estratégicas que refuercen su liderazgo regional y su autonomía en el sistema internacional.

Como principal línea de continuidad en la PE Brasil,<sup>9</sup> Zilla explica que la administración de Lula mantuvo gran parte de las políticas económicas en la región, y afirmó su postura frente a la promoción del funcionamiento de MERCOSUR y a los lazos bilaterales de cooperación económica con el resto de los países sudamericanos.

La importancia que Brasil otorgó a un proyecto regional durante la primera década del siglo XXI reflejó su intención de consolidar un liderazgo en Sudamérica, acorde con las transformaciones del contexto internacional. En este sentido, Brasil profundizó su objetivo de “sudamericanizar” su política exterior, orientando sus principales metas hacia una integración regional delimitada específicamente a Sudamérica.

Esta estrategia responde a la comprensión de la integración regional como una vía para promover el desarrollo tanto propio como del resto de la región, permitiendo a Brasil establecer una distancia estratégica respecto a Estados Unidos y una diferenciación frente a México. Esta postura contrasta con proyectos de integración anteriores, que implicaban una mayor cercanía y alineamiento con la política exterior estadounidense (Briceño Ruiz, 2018).

Dicho proyecto regional se materializó, como veremos más abajo, a través de la Comunidad de Naciones Suramericanas que, eventualmente, culminó en la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR).

UNASUR es considerado el proyecto de integración regional más emblemático del período. Más allá de la existencia de otros acuerdos y tratados regionales que acompañaron el proceso, este organismo se consolidó como la culminación de diversas propuestas sudamericanas, logrando la adhesión de la mayoría de los Estados de la región, incluyendo a Surinam y Guyana, a pesar de las diferencias en los modelos de política exterior de cada país. La amplitud de esta

---

<sup>9</sup> Por su extensión geográfica y sus recursos económicos, Brasil se presentó históricamente como uno de los países con mayor presencia en la región. En lo que refiere a distintos lazos de integración entre los países sudamericanos, estuvo presente en gran parte de los acuerdos comerciales que fueron sentando precedentes en lo que luego se convirtieron en grandes proyectos de integración.

participación reflejó un compromiso regional hacia un proyecto de integración que, a diferencia de iniciativas anteriores, abarcó no solo aspectos comerciales sino también una integración política más profunda.

En este sentido, UNASUR marcó un avance significativo al constituirse como un espacio de integración política que supera los objetivos limitados de proyectos previos, como el MERCOSUR y la Comunidad Andina de Naciones (CAN). Este proceso es pensado principalmente como un instrumento de gobernanza regional que ofrece a los países sudamericanos un canal de diálogo y concertación. Asimismo, se erige como un símbolo de la post-hegemonía en la región, ya que representó un modelo de integración autónomo que prioriza los intereses sudamericanos por encima de los de actores extrarregionales, en particular los de Estados Unidos (Chagas y Magalhaes, 2014). Este enfoque fortaleció los objetivos del gobierno de Lula, quien promovió un regionalismo independiente como parte de su política exterior.

UNASUR marcó un cambio significativo en la política exterior brasileña respecto a administraciones anteriores. A comienzos del siglo XXI, el contexto internacional se volvió cada vez más multipolar, con la aparición de nuevas potencias emergentes que ofrecían a Brasil la oportunidad de fortalecer su presencia global. En este marco, Brasil orientó su política exterior hacia una cooperación Sur-Sur, fomentando su participación en organismos multilaterales que permitieran a estas potencias emergentes ocupar un rol más relevante en el sistema global (Barrenengoa y Barceló, 2021).

Durante los mandatos de Lula da Silva, Brasil profundizó sus relaciones con otros países del Sur global, como China, India y Sudáfrica, lo cual no sólo reforzó su posición como potencia emergente, sino que también afianzó su rol como líder regional<sup>10</sup>. Estos vínculos estratégicos no solo ampliaron el alcance de la política exterior brasileña, sino que también consolidaron a Brasil como el principal representante de América del Sur en el escenario internacional, fortaleciendo su liderazgo en un contexto de integración regional autónoma.

El multilateralismo de la política exterior brasileña no limitó sus vínculos de cooperación exclusivamente a los países del Sur global. Duarte y Trindade (2008) explican que la PEB abordó tres dimensiones de relación: una de “naturaleza simbólica social”, otra enfocada en

---

<sup>10</sup> Es por ello, que durante estos años, Brasil aumentó su inserción en coaliciones internacionales, tales como BRICS, el foro IBAS o las Cumbres América del Sur-África (ASA) y América del Sur - Países Árabes (ASPA).

fortalecer los vínculos tanto con países desarrollados como en vías de desarrollo, y una tercera orientada a posicionar a Brasil como un “decision-maker” en organismos internacionales, consolidando así su influencia en la toma de decisiones globales.

Retomando el concepto de autonomía que ha caracterizado la PEB en los últimos gobiernos democráticos, podemos observar cómo este principio se adapta a un nuevo paradigma internacional. Aunque el enfoque autonomista sigue siendo un principio rector, presenta variaciones significativas en función de un escenario global en transformación. La autonomía de Brasil se manifestó en su inserción internacional, principalmente a través de sus relaciones con economías emergentes en Asia, África y Oceanía. Barrenengoa y Barceló (2021) señalan que, en su búsqueda de alternativas a la hegemonía estadounidense, Brasil promovió espacios de cooperación institucionalizada con estas nuevas economías, lo que le permitió consolidarse como un actor relevante en la arena internacional.

En cuanto a la histórica posición jerárquica de Estados Unidos, podemos observar que durante los mandatos de Lula da Silva, el margen de maniobra de Brasil aumentó debido a la menor presión ejercida en la región por la potencia norteamericana y a su pérdida de protagonismo en un contexto multipolar. Esta situación ofreció a Brasil una oportunidad estratégica para incrementar su grado de autonomía y consolidarse como un actor regional independiente.

En este sentido, Brasil aprovechó su política exterior para afirmarse como potencia regional a través de los diversos procesos de integración sudamericana. Como señala Riggiozzi (2018), el regionalismo en América Latina constituyó una estrategia clave para que los Estados gestionen su autonomía frente a amenazas e influencias externas, mediante la cooperación en pos del desarrollo social, político y económico. Los cambios coyunturales tanto a nivel regional como internacional llevaron a modificaciones en las prioridades de la agenda de integración de Brasil; sin embargo, los principios fundamentales —la autonomía regional y la cooperación entre Estados— continuaron siendo el motor que guiaba su estrategia de integración.

## Brasil y UNASUR: antecedentes y formación

La creación de UNASUR se inserta en un contexto de transformación de la política exterior brasileña y de las dinámicas de integración regional en América del Sur. A medida que Brasil, bajo el liderazgo de Lula da Silva, buscaba consolidarse como potencia regional, surgió la necesidad de establecer un espacio de cooperación que priorizara la identidad sudamericana y

la autonomía frente a influencias externas, especialmente de Estados Unidos. En este marco, las Cumbres Sudamericanas se erigen como antecedentes fundamentales que sentaron las bases para la formación de UNASUR. En esta sección, se exploran las principales iniciativas que llevaron a la creación de este organismo, comenzando por los objetivos y logros de las cumbres, continuando con la transición hacia la Comunidad Suramericana de Naciones (CSN) y culminando en la constitución de UNASUR. A través de este análisis, se busca comprender cómo estos eventos reflejaron un nuevo paradigma de integración en el que confluyeron aspectos políticos, económicos y sociales, alineándose con las aspiraciones de los Estados sudamericanos.

## Antecedentes de la CSN: las Cumbres Sudamericanas

La existencia de UNASUR como organismo regional representa un momento clave en la historia contemporánea de Sudamérica. Este proyecto se erige como un esfuerzo por fortalecer una identidad sudamericana a través de una integración regional efectiva, el establecimiento de vínculos de cooperación robustos entre los Estados, y un mayor grado de autonomía frente a influencias externas. Aunque el Tratado Constitutivo de UNASUR se firmó en 2008, es fundamental considerar los antecedentes que propiciaron la construcción de un organismo de tal envergadura. Como explica Sánchez (2014), las Cumbres Sudamericanas celebradas anteriormente fueron cruciales para entender la génesis de la Comunidad Suramericana de Naciones (CSN) y, posteriormente, de UNASUR, respondiendo a las demandas de los Estados sudamericanos en cuanto a cooperación y relaciones regionales.

Es esencial analizar el papel del presidente de Brasil durante estos encuentros, ya que su liderazgo fue determinante en la promoción de la integración. La administración de Fernando Henrique Cardoso sentó las bases para este proceso, que se consolidaría y daría nuevos frutos en los años siguientes bajo el gobierno de Lula da Silva. En tal sentido, fue Cardoso el responsable de organizar y promover la primera Cumbre Sudamericana en el año 2000 en Brasilia, donde se convocaron a los doce mandatarios de la región y a otros actores relevantes de organismos regionales, como el Banco Interamericano de Desarrollo (BID). El objetivo de esta cumbre, y de las sucesivas, fue plantear un nuevo escenario multilateral tanto a nivel internacional como regional, con el fin de desarrollar una agenda coherente con el sistema emergente en ese contexto.

En la Cumbre de Brasilia se emitió un comunicado que presentó las primeras consignas y objetivos en temáticas clave: comercio, infraestructura, narcotráfico, información y tecnología, y democracia (Declaración de Brasilia, 2000). Un hito resaltable de este pronunciamiento fue la creación de la Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana (IIRSA), que comenzó a desarrollarse con un enfoque particular en conectar a Brasil con otros Estados sudamericanos, como Perú, Venezuela y Guyana. El financiamiento de esta iniciativa provino principalmente del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), así como del Banco de Desarrollo Económico y Social de Brasil (BNDES), lo que posicionó al Estado brasileño como el motor principal de la integración regional.

La IIRSA fue fundamental para coordinar una nueva estructura de vínculos y relaciones de cooperación en las áreas mencionadas, impulsando un enfoque integrador que reflejaba las prioridades de la región. Este ambicioso proyecto buscaba no solo mejorar la infraestructura física, sino también fomentar un mayor intercambio económico y cultural entre los países sudamericanos. Al promover su creación, Brasil incorporó intereses estratégicos orientados a fortalecer su liderazgo regional y facilitar la expansión de sus empresas en sectores como infraestructura y energía. Según Mansilla Quiñonez, Panez Pinto y Ponce-Hille (2019) "los proyectos IIRSA tienen una significativa vinculación con la trayectoria de la geopolítica brasileña, en cuanto legado de la visión de desarrollo reproducida en la dictadura militar, que promueve la constitución de Brasil en el heartland político del continente".

La Cumbre de Brasilia de 2000 representó la primera de tres cumbres que culminaron en la creación y coordinación de la CSN en 2004, marcando un avance significativo en los esfuerzos por fomentar la cooperación y la integración en Sudamérica.

Es crucial destacar el papel protagónico del presidente brasileño Fernando Henrique Cardoso en la organización de estas cumbres. Cardoso no solo fue el promotor de una nueva visión regional a través de la llamada "Operación Sudamericana", sino que también entendió la importancia de construir un espacio de cooperación en un contexto global en transformación (Sánchez, 2014). Su enfoque se centró en fortalecer la cohesión regional como respuesta a la creciente interdependencia entre los países de Sudamérica y a la necesidad de enfrentar conjuntamente los desafíos económicos y sociales.

En una nueva configuración del continente americano, donde América del Sur parecía distanciarse de los intereses de Estados Unidos, Brasil vio la oportunidad de asumir el liderazgo

sudamericano. Este liderazgo se tradujo en un esfuerzo consciente por construir un espacio sudamericano que avanzara en sus propios intereses, reflejados en la prioridad diplomática asignada por la administración de Cardoso. A través de la IIRSA y las cumbres sudamericanas, Brasil buscó no solo mejorar la infraestructura regional, sino también establecer un modelo de integración que priorizara la cooperación, el desarrollo sostenible y la identidad sudamericana (Briceño Ruiz, José. 2018).

La visión de Cardoso se consolidó en un momento en que la región enfrentaba una serie de desafíos, incluyendo crisis económicas y sociales. Al promover la IIRSA y facilitar las cumbres, su gobierno buscó fortalecer los lazos entre los Estados sudamericanos, creando un marco institucional que permitiera avanzar en una agenda común. Este esfuerzo por la integración no solo buscaba mejorar las condiciones económicas de la región, sino que también aspiraba a construir un bloque político que pudiera ejercer una mayor influencia en el ámbito internacional, subrayando la importancia de una Sudamérica unida y autónoma.

## Creación de la Comunidad Suramericana de Naciones

A partir de la asunción de Luiz Inácio Lula da Silva en la presidencia de Brasil, se reafirmó el objetivo de priorizar la región de Sudamérica en la búsqueda de un rol de liderazgo que Brasil ha reclamado desde los años setenta. En este contexto, Lula no solo continuó las propuestas integracionistas de su predecesor, Fernando Henrique Cardoso, sino que también asumió la responsabilidad de liderar un proyecto que exigía un compromiso activo con la integración regional. Esto implicaba no sólo la asunción de costos políticos y económicos, sino también la manifestación de una clara intención de fortalecer los vínculos con otros países sudamericanos (García Belaunde, 2005).

A lo largo de su mandato, Lula convocó a otras dos Cumbres Sudamericanas, donde se materializó el propósito de establecer un espacio de debate político y económico. Estas cumbres se convirtieron en plataformas clave para fomentar la cooperación entre los Estados de la región, abordando temas críticos como la integración económica, la infraestructura y la seguridad. A través de estos encuentros, se buscó crear lazos cooperativos que no sólo fortalecieran la identidad sudamericana, sino que también promovieran un enfoque coordinado ante los desafíos globales y regionales, consolidando así la posición de Brasil como un líder en la construcción de un futuro común para América del Sur.

La CSN nace a partir de la III Cumbre Sudamericana en Cuzco en 2004. En la Declaración de la misma se expresa que se conforma una Comunidad con el objetivo de:

desarrollar un espacio sudamericano integrado en lo político, social, económico, ambiental y de infraestructura, que fortalezca la identidad propia de América del Sur y que contribuya, a partir de una perspectiva subregional y, en articulación con otras experiencias de integración regional, al fortalecimiento de América Latina y el Caribe y le otorgue una mayor gravitación y representación en los foros internacionales. (Declaración del Cusco, III Cumbre Presidencial Sudamericana 2004)

En un principio, la CSN se centró en el desarrollo en materia económica y de infraestructura regional. Puso el énfasis, principalmente, en el funcionamiento del IIRSA y en fortalecer la relación entre el CAN y el MERCOSUR, buscando la unión de dos zonas de la región que, históricamente, lograron acuerdos de cooperación de formas separadas (Magalhaes y Chagas, 2014).

En relación con la unión entre el MERCOSUR y la CAN, Celso Amorim, ministro de Relaciones Exteriores durante el gobierno de Lula da Silva y figura clave en el proceso de negociación, señala que la antesala de la creación de la CSN se gestó a partir de una conversación con el ministro colombiano Botero. Aunque ambos mantenían distintos puntos de vista, su compromiso mutuo fue fundamental para avanzar en una negociación comercial que se convirtió en el embrión para la formación de la CSN. Como destaca Amorim (2011, p. 22), esta colaboración reflejó el interés compartido en fomentar la integración regional y establecer un marco de cooperación más amplio entre los países sudamericanos.

La construcción de un espacio político orientado a promover lazos cooperativos en la región sudamericana estableció un marco institucional para la colaboración regional. Además, fue un componente clave del proyecto integracionista que formó parte de la política exterior del gobierno de Lula da Silva, quien aspiraba a posicionar a Brasil como el principal representante de América del Sur en el escenario internacional (Magalhaes y Chagas, 2014).

## Formación y promoción de UNASUR

La CSN fue configurándose en el marco de una serie de cumbres y reuniones. Este proceso se inició con la firma de la Declaración del Cusco en 2004, donde los líderes sudamericanos expresaron su intención de crear una comunidad regional que promoviera la integración en

diversos ámbitos. Posteriormente, la Primera Cumbre de la Comunidad Sudamericana de Naciones, celebrada en Brasilia en 2005, permitió avanzar en la definición de los objetivos y mecanismos de esta integración. En la Segunda Cumbre, realizada en Cochabamba en 2006, se reafirmaron los compromisos y se establecieron lineamientos para la cooperación regional (Molina, 2007).

Este proceso culminó con la creación de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), cuyo propósito fue desarrollar una identidad suramericana a través de la cooperación e integración en los ámbitos político, económico, social y cultural entre los Estados de la región. El Tratado Constitutivo de UNASUR, firmado en 2008, estableció como objetivo principal

construir, de manera participativa y consensuada, un espacio de integración y unión en lo cultural, social, económico y político entre sus pueblos, otorgando prioridad al diálogo político, las políticas sociales, la educación, la energía, la infraestructura, el financiamiento y el medio ambiente, entre otros, con miras a eliminar la desigualdad socioeconómica, lograr la inclusión social y la participación ciudadana, fortalecer la democracia y reducir las asimetrías en el marco del fortalecimiento de la soberanía e independencia de los Estados (Tratado Constitutivo de la Unión de Naciones Suramericanas, 2008).

UNASUR se distinguió por habilitar nuevas dimensiones de integración que abarcan agendas diversas, en contraste con los enfoques tradicionales adoptados en procesos de regionalismo sudamericano anteriores. Este organismo introdujo un espacio de debate que incluyó temas críticos como la energía, el medio ambiente, la infraestructura, el desarrollo social y la inclusión, lo que reflejó un enfoque integral en su búsqueda de cooperación regional.

Además, UNASUR se posicionó como un representante de una concepción de sudamericanismo que contrasta con la noción más amplia de Latinoamérica. Este enfoque enfatizó la construcción de una identidad propia entre los países del Sur del continente, excluyendo a los Estados del Norte, en particular a México, que en múltiples ocasiones ha sido considerado un actor clave en los procesos de regionalismo. Esta reconfiguración es fundamental para entender la idea de ‘post-hegemonía’, que se convierte en un marco esencial para analizar la actuación de Brasil durante este período, resaltando su papel como líder en la promoción de una integración más autónoma y centrada en los intereses sudamericanos.

En este sentido, UNASUR materializó un proceso de "sudamericanización" alineado con los intereses de Brasil, permitiendo al gobierno de Lula da Silva posicionarse como el principal impulsor de este proyecto integracionista (Vadell y Giaccaglia, 2020). Según diversos autores, como Sanahuja (2011), Alves do Carmo (2012) y Erazo Sosa (2014), este proyecto de construcción de una identidad sudamericana responde a los intereses de Itamaraty, que buscó fortalecer la soberanía regional en áreas estratégicas como la energía, la infraestructura y la tecnología. Este marco permitió que Brasil potencie su liderazgo y proteja su autonomía frente a influencias externas.

Además, la proyección global de Brasil como potencia emergente y líder regional le facilitó vincularse con potencias del Sur global y participar en foros internacionales clave, reforzando el modelo de "autonomía por la diversificación" que define la política exterior de Lula da Silva. Esta estrategia refleja la intención de Brasil de expandir sus vínculos internacionales y reducir la dependencia de las grandes potencias, consolidando su capacidad de acción independiente en la arena global.

Finalmente, el carácter intergubernamental de UNASUR fue una elección estratégica de Brasil, que prefirió este modelo sobre otros enfoques supranacionales. Esta estructura permitió a Brasil ejercer influencia sin la presencia de una entidad superior a los Estados miembros, lo que fortalece su posición como líder regional y garantiza que las decisiones se mantengan en el ámbito estatal (Giacalone, 2013).

En conjunto, UNASUR representó un periodo de regionalismo post-hegemónico caracterizado por la búsqueda de una autonomía regional desvinculada de las directrices de potencias hegemónicas. Como sostienen Riggiozzi y Tussie (2012), este modelo consolidó una agenda orientada a los intereses sudamericanos y promueve la construcción de una identidad propia y autónoma, en contraposición a los intereses externos.

## La disputa por el liderazgo con Venezuela

La construcción de un espacio político para coordinar los objetivos regionales de los Estados sudamericanos generó nuevas disputas de poder entre ellos. Como se ha explicado en este apartado, Brasil fue un promotor clave en la creación de UNASUR, impulsando los principales objetivos del organismo y proyectando su liderazgo regional. No obstante, en paralelo a los

intereses brasileños, otros proyectos de integración con diferentes objetivos, especialmente los liderados por Venezuela, comenzaron a tomar forma en la región.

Diversos académicos señalan que, en el contexto del regionalismo post-hegemónico y la disminución de la influencia de Estados Unidos en América Latina, surgieron dos iniciativas de liderazgo distintas, encabezadas respectivamente por Brasil y Venezuela (Sanahuja, 2012; Riggirozzi y Tussie, 2012). Estos proyectos reflejaban visiones divergentes sobre la integración sudamericana, con Brasil promoviendo una cooperación regional basada en el diálogo y la institucionalización, mientras que Venezuela adoptaba un enfoque confrontativo y anti-neoliberal, enmarcado en un discurso de oposición a la hegemonía estadounidense (Falomir Lockhart, 2012).

El gobierno de Hugo Chávez visualizaba dos ejes en Sudamérica: por un lado, aquellos Estados alineados con los intereses de Estados Unidos; por otro, una unión autónoma liderada por Venezuela, Brasil y Argentina, con la que buscaba defender los intereses sudamericanos. Para Venezuela, la integración regional debía enfocarse en la justicia social y en la reducción de las desigualdades económicas, promoviendo un modelo antihegemónico y anti-neoliberal. En línea con este discurso, Chávez cuestionó el orden internacional dominante y criticó la influencia de Estados Unidos, buscando consolidar su liderazgo en la región mediante una postura de confrontación (Falomir Lockhart, 2012).

Venezuela canalizó esta visión a través de varias estrategias. Entre ellas, impulsó la creación de la **Alianza Bolivariana para los Pueblos de América (ALBA)**, fortaleció vínculos con países alejados de la esfera de influencia estadounidense, y construyó una identidad regional que abarcaba no solo a Sudamérica, sino también al Caribe, ampliando su ámbito de interés y acción (Riggirozzi y Tussie, 2012).

En contraste, Brasil optó por construir su liderazgo regional a través de la estabilidad política y económica de la región, con un enfoque en la institucionalización de los procesos de integración. Como explica Amorim (2014), “sin el entrelazamiento de intereses comerciales y económicos, la integración sería débil y correría el riesgo de desaparecer con el cambio de líderes” (Amorim, 2014: 121). Esta visión resaltaba la importancia de consolidar una red de intereses mutuos para lograr una integración sostenible en el tiempo. A nivel internacional, el Planalto e Itamaraty buscaban posicionarse como un actor global influyente. Este objetivo implicaba configurar una región sudamericana que actuara como un bloque político y

comercial sólido. De tal manera, Brasil entendió que el éxito de un proyecto de integración en Sudamérica no solo fortalece la región, sino que también potencia su propio desarrollo económico, clave para un país de su envergadura y ambiciones.

Asimismo, Brasil ha limitado su proyección de poder principalmente al ámbito sudamericano, con especial énfasis en el Cono Sur. Esto se debe a su interés en tomar distancia de otras posibles potencias de la región, como México, y en mantener una autonomía estratégica frente a la hegemonía global de Estados Unidos.

Con la materialización de UNASUR tras las Cumbres Sudamericanas y como respuesta a la necesidad de un espacio para la cooperación y la coordinación regional, tanto Brasil como Venezuela visualizaron una oportunidad para consolidar su liderazgo en Sudamérica. En el caso del gobierno de Hugo Chávez, este utilizó UNASUR como una plataforma para promover una identidad regional con una postura antiliberal y crítica hacia los intereses de Estados Unidos. De este modo, encontró en UNASUR un espacio para “desarrollar su estrategia energética hacia Sudamérica y promover el proyecto de integración ‘bolivariano’ del Presidente Chávez” (Sanahuja, 2011: 126).

Brasil, por su parte, utilizó el ámbito sudamericano no sólo para posicionarse como líder regional mediante políticas de integración, sino también para contrarrestar las propuestas de Venezuela que poseían un enfoque más confrontativo. Ejemplos de esta estrategia incluyen la promoción del Consejo de Defensa Sudamericano frente a la propuesta venezolana de la OTAS, el escaso apoyo brasileño a la creación de un Banco del Sur como alternativa al FMI, y la limitación de la participación de UNASUR en los conflictos entre Colombia y Bolivia, donde se implicaban intereses estadounidenses (Falomir Lockhart, 2012).

Esta postura permitió a Brasil imponer su visión de un regionalismo basado en el diálogo y la cooperación institucional, en contraposición a la agenda venezolana. La influencia brasileña se reflejó en la configuración de UNASUR, especialmente en sus agendas de seguridad e infraestructura, donde el enfoque brasileño de diplomacia y cooperación se consolidó sobre la perspectiva más confrontativa de Venezuela.

# Actuación de Brasil en UNASUR: seguridad y defensa, infraestructura y desarrollo

La actuación de Brasil en UNASUR, particularmente en las áreas de seguridad, defensa e infraestructura, revela las estrategias empleadas por este país para consolidarse como una potencia regional en Sudamérica. Estas áreas, que trascienden los temas puramente económicos, no solo reflejan las prioridades de Brasil, sino que también permiten analizar cómo este Estado utilizó UNASUR como un instrumento para proyectar su liderazgo en la región. Este capítulo explora las contribuciones de Brasil en estos ámbitos clave, evaluando cómo dichas iniciativas fortalecieron su influencia y consolidaron su papel como actor central en el proceso de integración regional sudamericano, tal como plantea el objetivo general de esta investigación.

## Seguridad y Defensa

Sudamérica se ha destacado históricamente como una región relativamente pacífica en comparación con otras partes del mundo, con un número reducido de conflictos armados interestatales. Este contexto se ha construido gracias a una preferencia compartida por el diálogo y la cooperación, como lo demuestran hitos históricos como el Tratado de No Agresión de Saavedra Lamas<sup>11</sup> de 1933 y el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR)<sup>12</sup> de 1947, ambos ejemplos tempranos de mecanismos de coordinación regional (Levis & Enríque, 2020). Sin embargo, la dinámica cambió con la consolidación de UNASUR, que permitió reconfigurar los enfoques tradicionales en torno a la defensa y la seguridad.

La creación del Consejo de Defensa Sudamericano (CDS) representó un avance significativo en la institucionalización de la seguridad regional en Sudamérica. Este organismo fue concebido como un espacio para el diálogo y la cooperación entre los Estados miembros, con el objetivo de abordar conflictos y tensiones mediante mecanismos pacíficos. Brasil jugó un rol central en la creación y estructuración del CDS. Según Comini (2010), la idea de un consejo regional surgió por primera vez en la reunión de Río de Janeiro en 2000, convocada por el entonces presidente brasileño Fernando Henrique Cardoso. Inicialmente, esta propuesta fue

---

<sup>11</sup> Pacto antibélico propuesto por el canciller argentino Carlos Saavedra Lamas firmado por diversos Estados sudamericanos, norteamericanos y europeos.

<sup>12</sup> Pacto de defensa mutua interamericano firmado el 2 de septiembre de 1947 en Río de Janeiro.

presentada por Argentina, pero Brasil, en ese momento, mostró cierta resistencia. Fue recién en 2008, bajo el liderazgo del ministro de Defensa Nelson Jobim, que Brasil retomó la iniciativa, adaptándola a los objetivos estratégicos brasileños en el marco de UNASUR. Jobim se reunió con sus homólogos sudamericanos con el objetivo de establecer el Consejo dentro del Tratado Constitutivo o, en su defecto, conformar un Grupo de Trabajo que orientara a los Jefes de Estado sobre la agenda de seguridad regional.

La revitalización del proyecto del CDS coincidió con un contexto de creciente tensión regional, como el conflicto entre Colombia y Ecuador de 2008. En este episodio, las fuerzas armadas colombianas llevaron a cabo una operación militar en territorio ecuatoriano, generando una crisis diplomática en la región. La mediación brasileña, basada en la no intervención y el diálogo, permitió gestionar el conflicto y subrayó la necesidad de un foro regional que fortaleciera la cooperación en materia de defensa y seguridad (García, 2008). El CDS, formalizado en ese mismo año, no solo respondió a esta necesidad, sino que también representó un triunfo para la diplomacia brasileña, que logró institucionalizar su visión de seguridad regional dentro de UNASUR.

Brasil utilizó el CDS como una herramienta estratégica para proyectar su liderazgo regional. En contraste con la propuesta venezolana de una OTAS, que buscaba una alianza militar sudamericana, Brasil defendió un enfoque de cooperación no confrontativa, centrada en el diálogo. Esta postura reflejaba no sólo las prioridades brasileñas, sino también su interés en consolidar un modelo de liderazgo inclusivo que evitara polarizaciones.

Paralelamente, la creación del CDS coincidió con iniciativas nacionales, como el Plan Nacional de Defensa de 2008<sup>13</sup>, que identificó a Sudamérica como una prioridad estratégica y subrayó la importancia de áreas como la Amazonia y el Atlántico Sur (Milani et al., 2015). En tal

---

<sup>13</sup> El Plan Nacional de Defensa de Brasil de 2008 fue un documento estratégico elaborado durante el gobierno del presidente Luiz Inácio Lula da Silva, con el propósito de modernizar y fortalecer las capacidades de defensa del país. Este plan estableció directrices para reorganizar las Fuerzas Armadas brasileñas, fomentar la industria nacional de defensa y promover la investigación y desarrollo tecnológico en este sector. Uno de los objetivos centrales fue la protección de áreas geoestratégicas claves, como la Amazonia y el Atlántico Sur, consideradas vitales para la soberanía y seguridad nacional. El plan también enfatizó la importancia de la integración regional en materia de defensa y seguridad, alineándose con iniciativas como el Consejo de Defensa Sudamericano (CDS) de UNASUR. Al promover la cooperación y confianza mutua entre los países sudamericanos, Brasil buscó consolidar un entorno regional estable que favoreciera el desarrollo y la paz. Asimismo, el documento resaltó la necesidad de una política de defensa que estuviera en consonancia con los objetivos de desarrollo económico y social del país, integrando aspectos de política exterior, industrial y tecnológica (Ministério da Defesa do Brasil, 2008).

sentido, el CDS le permitió a Brasil articular la cooperación en defensa con sus propios intereses nacionales. Según el Ministerio de Defensa brasileño, el Plan de Acción del CDS se alineó con la Política Nacional de Defensa, particularmente en lo referente al entorno estratégico sudamericano. Este alineamiento permitió a Brasil reforzar la confianza mutua entre los Estados de la región, promover la resolución pacífica de conflictos y, al mismo tiempo, fortalecer su propio complejo industrial de defensa, posicionándose como un líder regional tanto político como militar (Coba, 2015).

El interés brasileño en liderar la agenda de seguridad se manifestó también en su rol mediador en conflictos como la crisis boliviana de 2008. Ante las tensiones entre el gobierno de Evo Morales y los departamentos de la "Media Luna", Brasil impulsó una resolución que estableció que

que cualquier tipo de intervención fuera convocada a solicitud del gobierno boliviano; que apuntara a la consolidación de las instituciones democráticas y a la promoción de un diálogo entre las dos partes implicadas; y que evitara toda referencia a Estados Unidos y su eventual papel en el conflicto (Adins Vanbiervliet 2014, p. 201).

Esta resolución permitió enfrentar un conflicto de nivel regional y posicionar a Brasil como líder con la aceptación del resto de los países. De la misma forma, se envió una misión a Bolivia sin la intervención de la Organización de los Estados Americanos (OEA) reflejando, de esta manera, una visión sudamericana sin la participación de los países del Norte<sup>14</sup>.

El interés de Brasil por llevar a cabo políticas de defensa y seguridad, tanto a nivel nacional como regional, refiere a la importancia geopolítica y estratégica que el Estado brasileño le otorgó a la Amazonia y al Atlántico Sur. La construcción de un espacio como el CDS le concedió a Brasil la posibilidad de posicionarse como líder, por su rol de potencia económica y militar. En este sentido, lo ubicó como principal representante de la región a nivel global (Coba, 2015). Esto reforzó las interpretaciones de que Unasur operó como un modelo o proyecto político de Brasil, a medida de sus intereses nacionales (Comini, 2010).

---

<sup>14</sup> La Declaración de la Moneda, producto de la Cumbre de Santiago en 2008, hace hincapié en la voluntad de los 12 países de UNASUR de apoyar al gobierno de Evo Morales y excluye cualquier mención a la OEA y a EE. UU.

En conclusión, la creación del CDS no solo respondió a las necesidades de seguridad de la región, sino que también proporcionó a Brasil una plataforma clave para consolidar su liderazgo regional. A través de la mediación diplomática, el fortalecimiento institucional y la articulación de sus intereses nacionales con los regionales, Brasil logró definir una agenda de seguridad en UNASUR que reflejaba su visión estratégica y capacidad de influencia.

De manera acorde con sus proyecciones individuales, Brasil logró imponer su agenda de seguridad y defensa en la región mediante la construcción de un Consejo de Defensa regional que ofreció un marco institucional flexible para fomentar el diálogo con sus vecinos, evitando conflictos y marcando una diferencia en los enfoques de cooperación en defensa (Calderón, 2011). Este proceso refuerza una característica clave de una potencia regional, tal como lo define Nolte: la capacidad de influir y definir la agenda de seguridad en su entorno. Al garantizar la estabilidad en la región, Brasil se afirma como el líder indiscutido en el ámbito sudamericano.

## Infraestructura y desarrollo

El liderazgo de Brasil en UNASUR no se limitó al ámbito de la seguridad y defensa; también se extendió a iniciativas clave en infraestructura y desarrollo, donde buscó consolidar su influencia mediante proyectos estratégicos que reflejan la importancia de la integración material para el fortalecimiento regional. Mientras que el Consejo de Defensa Sudamericano proporcionó un marco institucional para gestionar la estabilidad política y la seguridad regional, el Consejo Suramericano de Infraestructura y Planeamiento (COSIPLAN) representó un esfuerzo paralelo para coordinar proyectos de infraestructura que impulsaran tanto el desarrollo regional como los intereses económicos y estratégicos de Brasil. Esta doble apuesta por la seguridad y el desarrollo material refuerza el liderazgo de Brasil como una potencia regional integral.

Dentro de la estructura institucional de UNASUR, la creación del COSIPLAN marcó un hito significativo en la coordinación de proyectos de desarrollo regional. Este consejo, establecido en 2009, buscó fomentar la cooperación regional a través de la planificación y ejecución de iniciativas de infraestructura en áreas estratégicas como transporte, energía y telecomunicaciones. COSIPLAN incorporó los objetivos de la IIRSA, creada en 2000, ampliando su alcance y formalizando su integración en el marco institucional de UNASUR.

El COSIPLAN tuvo como objetivos principales la modernización y expansión de la infraestructura regional, la promoción de alianzas estratégicas entre los países miembros y la compatibilización de marcos normativos que faciliten la integración. Según Quispe et al. (2013), el consejo también buscó garantizar la continuidad de los logros alcanzados por la IIRSA, alineándolos con las metas más amplias de UNASUR.

El papel de Brasil en el COSIPLAN fue central, tanto en términos de liderazgo político como de recursos materiales. A través del Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social (BNDES), Brasil se convirtió en el principal financiador de proyectos de infraestructura en Sudamérica. Explica Oliveira (2021) que el BNDES intensificó sus acciones para “asumir roles y funciones que trascendieron las fronteras de Brasil, principalmente en el marco de la integración internacional del país” (p. 53) y, de esta forma, se erige como el actor con mayor capacidad de financiamiento en toda la región, comprendiendo que lo hace a través de la financiación a empresas brasileñas de forma directa.

Entre 2004 y 2008, el BNDES incrementó significativamente sus inversiones en la región, pasando de aproximadamente 550 millones de dólares a 1,74 mil millones de dólares. Estos fondos permitieron financiar proyectos a gran escala como el gasoducto San Martín o la carretera Paso de los Libres-Santo Tomé en Argentina, la construcción de un corredor bioceánico con el Túnel Agua Negra en Chile y el puente de conexión entre Assis Brasil e Iñapari, en Perú, entre otros en Bolivia, Colombia, Venezuela, etc. (Gudynas 2008). En 2009, el gobierno de Brasil financió US \$8 mil millones en obras de proyectos regionales de infraestructura, convirtiéndose en el principal inversionista en el IIRSA, en coordinación con el Consejo de Infraestructura de Unasur (Carvalho, 2011). En el balance realizado en 2010 por el Ministerio de Relaciones Exteriores podemos observar que se financiaron más de 80 proyectos de infraestructura y destinaron US \$10 mil millones aproximadamente<sup>15</sup> (Oliveira, 2021).

Además del financiamiento, las empresas brasileñas, tanto privadas como estatales, desempeñaron un rol clave en la implementación de estos proyectos. Estos grandes conglomerados realizaron labores en los sectores de mayor interés para Brasil: la construcción, la energía, el transporte, los hidrocarburos, el cemento, la siderurgia. La presencia de estas empresas permitió desarrollar sus capacidades en áreas de servicios de ingeniería y, por otro

---

<sup>15</sup> Ministério das Relações Exteriores, Balanço de política externa 2003-2010.

lado, producción de petróleo, buscando proponer proyectos de infraestructura que potencien dichos sectores.

El enfoque brasileño hacia la infraestructura reflejó una doble estrategia. Por un lado, buscó fortalecer la integración regional mediante la mejora de la conectividad y la reducción de los costos de transporte. Por otro lado, priorizó sus propios intereses nacionales, al facilitar nuevas oportunidades comerciales y garantizar el acceso a recursos estratégicos en la región. Como señala Quispe et al. (2013),

los países vecinos tendrán con la integración nuevas oportunidades de comercio, como resultado de la disminución de los costos de transporte o por las posibilidades abiertas por la mayor integración de los subsistemas de infraestructura, lo cual es un gran atractivo para ellos. (Quispe et al., 2013).

Pero en última instancia, “no hay muchas dudas sobre las ventajas de la integración de la infraestructura de transporte y de energía para Brasil” (Quispe et al., 2013). En ese sentido, sectores como la construcción, la energía y los hidrocarburos fueron prioritarios para Brasil, que utilizó el COSIPLAN como un instrumento para expandir su influencia económica y tecnológica en la región. Oliveira (2021) destaca que el BNDES no solo proporcionó financiamiento, sino que también apoyó directamente a empresas brasileñas, consolidando su presencia en mercados sudamericanos estratégicos.

Por lo tanto, logramos identificar que la actuación de Brasil en el IIRSA a partir de sus inversiones desde el BNDES y desde las empresas privadas le permite ubicarse en un lugar estratégico frente al proyecto integracionista que plantea como un objetivo principal de su PE, en busca tanto del desarrollo de la región como de su propio desarrollo nacional por la importancia de compartir una frontera común con diez de los doce estados del área. En este sentido, podemos identificar que el gobierno de Lula tuvo como objetivo el avance en materia de infraestructura a nivel regional de manera que fortaleciera la integración regional. Esto se ve reflejado en los números de financiamiento, tanto desde el sector público como de empresas brasileñas, resultado de acuerdos con el Estado brasileño.

Cuando retomamos la definición de potencia regional planteada por Nolte, se distingue que la misma proyecta su poder a través de sus recursos. Por lo tanto, en el área del desarrollo de infraestructuras, Brasil logró asentarse como líder principalmente a partir de sus recursos

económicos, que le permite ser el principal financiador de proyectos y le concede una mayor influencia para la construcción y el planeamiento de los mismos. Identificamos que Brasil buscó la composición de una identidad sudamericana no solo a través de lo ideológico sino también desde la influencia de sus recursos materiales, la cual le da mayor ventaja frente a otros posibles líderes regionales en crecimiento.

Retomando el concepto propuesto por Nolte en el que nos centramos a través del trabajo para lograr comprender la actuación de Brasil en UNASUR, asociamos su trabajo, tanto en el Consejo Suramericano de Defensa como en el Consejo Suramericano de Infraestructura y Planeamiento, como forma de posicionar su proyección de liderazgo en la región a partir de los recursos materiales e institucionales que ofrece. De esta forma, logró influenciar en los asuntos regionales a través de su posición central en UNASUR en actividades relacionadas a la construcción de un espacio de debate en la agenda de defensa y seguridad, así como en el financiamiento para llevar a cabo planes de infraestructura y de energía.

## Conclusiones

El presente trabajo tuvo como objetivo principal analizar el rol de Brasil como potencia regional en el proceso de conformación y desarrollo de UNASUR durante el período 2003-2011, en el contexto del regionalismo post-hegemónico. A lo largo de los apartados, se examinó cómo el Estado brasileño desempeñó un papel central en la región, abordando los distintos períodos históricos que configuran la integración en América del Sur. En este análisis, se interpretó de qué manera Brasil utilizó a UNASUR como un mecanismo estratégico para proyectar su liderazgo regional y consolidar su influencia en el marco de este nuevo modelo de regionalismo.

En primer lugar, se hizo un recorrido histórico que evidenció los distintos procesos de regionalismo en nuestro continente. La idea de una integración regional estuvo presente a través de las décadas del siglo XX y se manifestó de distintas formas, con la construcción de tratados y organismos que buscaban optimizar los objetivos planteados.

Nos centramos en el regionalismo denominado post hegemónico para poder analizar los cambios que trajo consigo un nuevo modelo de integración. Las características centrales del período fueron la construcción de una identidad sudamericana y la inclusión de nuevas temáticas a las agendas de debate, tales como cuestiones de desarrollo tecnológico, de

infraestructura, de salud, de defensa y financieras. En tal sentido, analizamos la importancia y el rol central de UNASUR como un símbolo del regionalismo post-hegemónico, que emergió en contraposición al agotamiento del modelo de regionalismo abierto. De tal manera, interpretamos a dicho organismo como parte de un proyecto regional promovido por Brasil, el cual permitió articular un modelo de integración más inclusivo y consolidar su posición como líder regional en Sudamérica.

Durante los distintos capítulos que formaron parte del presente trabajo, analizamos la política exterior brasileña durante la administración de Lula da Silva. En ella, pudimos diferenciar continuidades y cambios respecto a las administraciones anteriores, para lograr centrarnos en su actuación regional frente a un nuevo escenario de regionalismo sudamericano.

En este sentido, el análisis de las políticas integracionistas del gobierno de Lula da Silva, bajo el prisma planteado por Nolte en su definición de potencia regional, permitió identificar a Brasil como un actor clave en la región durante el período estudiado. Una de las características más destacadas fue la construcción de una identidad sudamericana, intensificada a través de vínculos de cooperación en áreas estratégicas como la seguridad, la infraestructura, la economía y las políticas de desarrollo. Además, Brasil demostró una notable capacidad para influir en las estructuras regionales, consolidando su liderazgo mediante actividades relacionadas con la gobernanza regional.

Otro elemento central fue su rol en la definición de la agenda de seguridad en Sudamérica, reflejado en la creación del Consejo de Defensa Sudamericano dentro de UNASUR. Este organismo no solo fortaleció la cooperación en defensa, sino que también posicionó a Brasil como un mediador y articulador en los principales conflictos de la región. Por último, Brasil proyectó su poder a través de recursos materiales e ideológicos, lo que se evidenció en la implementación de proyectos estratégicos de infraestructura y desarrollo que no solo fortalecieron la integración regional, sino que también consolidaron su posición como potencia económica y política en Sudamérica.

Todo lo anterior corrobora nuestra hipótesis y permite afirmar que UNASUR se configuró como un instrumento clave para institucionalizar un proyecto pragmático del Estado brasileño. Este proyecto estuvo orientado a fortalecer la integración regional y a promover la autonomía de América del Sur en un contexto multipolar, caracterizado por un intento de distanciamiento

de la hegemonía de Estados Unidos. A pesar de las limitaciones y desafíos enfrentados, Brasil logró consolidarse como líder regional al delimitar su área de interés en Sudamérica y proyectar su influencia mediante el uso estratégico de recursos materiales, institucionales e ideológicos.

Las propuestas y proyectos impulsados por el Estado brasileño, junto con la influencia reflejada en su ejecución, permitieron identificar las variables clave utilizadas para medir el rol de Brasil en la región sudamericana. Su presencia y actuación en la conformación y funcionamiento de UNASUR evidenciaron la institucionalización ideológica de un proyecto que fortaleció su posición como Estado potencia. De esta manera, Brasil logró construir una identidad sudamericana y consolidarse como ordenador de la región, creando un espacio estratégico para proyectar poder a través de recursos materiales, institucionales e ideológicos.

Este trabajo, basado en un análisis comparado de experiencias de integración regional tanto europeas como sudamericanas, buscó contribuir al estudio de un período crucial para la disciplina. Al centrarse en la política exterior de Brasil, como uno de los principales representantes de la región, permitió comprender su rol y sus alcances en el contexto sudamericano.

A modo de conclusión, comprendemos que UNASUR se presentó como un instrumento para institucionalizar un proyecto pragmático del Estado brasileño, orientado a fortalecer la región y construir un modelo de autonomía en un contexto multipolar. Este período se caracterizó por el declive de la influencia estadounidense en América del Sur y el surgimiento de nuevas potencias emergentes. En este escenario, Brasil logró sobreponer la creación de UNASUR a otros proyectos regionales, estableciendo un espacio político de coordinación entre los Estados sudamericanos y fortaleciendo su proyección internacional. Esto le permitió consolidarse como líder regional y delimitar su área de influencia en el continente sudamericano.

Finalmente, las políticas analizadas a lo largo de este trabajo permiten considerar que Brasil se impuso como potencia regional, pero también dejan abiertas interrogantes para futuras investigaciones. Entre ellas, se destacan las limitaciones enfrentadas por el Estado brasileño durante el período del regionalismo post-hegemónico y su capacidad para mantener su rol de potencia frente a los cambios de paradigma en la región. Asimismo, resulta pertinente explorar el funcionamiento y eventual debilitamiento de UNASUR en un contexto político global y regional en constante transformación.

## Referencias bibliográficas

Alves do Carmo, C. O projeto integracionista bolivariano de Hugo Chávez e o pragmatismo da política externa brasileira. En: Serbin, A; Martínez L.; Ramanzini Junior, H. (coord.). Anuario de la Integración Regional de América Latina y el Gran Caribe 2012. Buenos Aires: CRIES, 2012. p. 301-320.

Adins Vanbierbriet, Sebastien. 2014. El rol de Brasil en la integración sudamericana del siglo XXI (2000-2012). Tesis de doctorado, Pontificia Universidad Católica del Perú.

Amorim, Celso. 2011. Conversas com jovens diplomatas. Benvirá.

Amorim, Celso. 2014. Breves narrativas diplomáticas. Buenos Aires, Taeda..

Barrenengoa, A.; Barceló, N. (2021). La política exterior brasileña en relación al Sur global como práctica internacional (2003-2011). La autonomía como elemento constitutivo de la identidad internacional de Brasil. *Estudios avanzados* (35), 69-82. En *Memoria Académica*. Disponible en: [https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art\\_revistas/pr.13248/pr.13248.pdf](https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.13248/pr.13248.pdf)

Bernal-Meza, Raúl, “El Regionalismo: Conceptos, paradigmas y procesos en el Sistema Mundial Contemporáneo”. *Aportes para la Integración Latinoamericana*, no. 21 (2009), <https://revistas.unlp.edu.ar/aportes/article/view/3374>

BID, Banco Interamericano de Desarrollo. (2002). Más allá de las fronteras. El Nuevo Regionalismo en América Latina. Washington: BID.

Briceño Ruiz, José. 2014. “Del regionalismo abierto al regionalismo poshegemónico en América Latina” En *Política Internacional e Integración Regional Comparada en América Latina*, editado por Willy Soto Acosta, 23-34. FLACSO.

Briceño Ruiz, José. 2018. *Las teorías de la integración regional: más allá del eurocentrismo*. Ediciones Universidad Cooperativa de Colombia.

Bueno, Vigevani y Ramanzini. 2014. “Uma Perspectiva de Longo Período sobre a Integração Latino-americana Vista pelo Brasil”. *Contexto Internacional*, vol. 36.

Burgess, Sean. *Brazilian Foreign Policy after the Cold War*, University Press of Florida, Gainesville, 2009. V. tb. Carlos G. Poggio Teixeira: “Brazil and the Institutionalization of South America: From Hemispheric Estrangement to Cooperative Hegemony” en *Revista Brasileira de Política Internacional* vol. 54 No 2, 2011.

Caballero Santos, Sergio, “Brasil y la región: una potencia emergente y la integración regional sudamericana”. *Revista Brasileira de Política Internacional*, no. 54 (2011).

Calderón, Emilse. “La Brasil en el Consejo de Defensa Sudamericano: obstáculos a la cooperación y el liderazgo”. *Relaciones Internacionales*, no. 18 (2011).

Carvalho, Clarissa. “A Atuação do BNDES Na Integração Da América Do Sul.” Universidade Federal de Pernambuco (UFPE), 2011.

Chagas Venancio y Magalhaes Bruno V., “UNASUR, ¿instrumento de integración regional o mecanismo para la hegemonía brasileña?”. *Revista Andina de Estudios Políticos*, vol. 4, no. 2 (2014).

Coba Bermeo, Ana María. 2015. El rol de Brasil en la integración regional y su influencia en la construcción del Consejo de Defensa Suramericano de la UNASUR. Tesis de Licenciatura, Pontificia Universidad Católica del Ecuador.

Comini, Nicolás. 2010. El rol del Consejo de Defensa de la Unasur en los últimos conflictos regionales. *Nueva Sociedad* 230, noviembre-diciembre 2010. [https://static.nuso.org/media/articles/downloads/3737\\_1.pdf](https://static.nuso.org/media/articles/downloads/3737_1.pdf)

COSIPLAN. (2012). Plan de acción estratégico 2012-2022.

Costa V. Alcides, Fuccille Alejandro, y Pereira R. Lucas, “UNASUR, Brasil y la cooperación sudamericana en defensa: una década después”. *Revista Brasileira de Política Internacional*, vol. 60 no. 2 (2017).

Declaración de Brasilia. (2000). I Cumbre Suramericana.

Declaración de Cusco (2004). III Cumbre Sudamericana.

Duarte Villa, Rafael y Trindade Viana, Manuela. 2008. “Política exterior brasileña: nuevos y viejos caminos en los aspectos institucionales, en la práctica del multilateralismo y en la política para el Sur”. *Revista de Ciencia Política*, volumen 28, no. 2. 77-106.

Erazo Sosa, Milagros. 2014. "Interacción entre los factores regionales que limitaron el proyecto de integración sudamericana impulsado por Brasil durante la primera década del siglo XXI." Tesis de maestría, Pontificia Universidad Católica del Perú, Escuela de Gobierno.

Falomir Lockhart, Nicolás. 2012. “Integración Sudamericana: La influencia de los proyectos políticos de Brasil y Venezuela”. Universidad Nacional de La Plata.

Falomir Lockhart, Nicolás, "La identidad de UNASUR: ¿regionalismo post-neoliberal o post-hegemónico?" *Revista de Ciencias Sociales (Cr) II*, no. 140 (2013) 97-109.

García Belaunde, José Antonio. 2005. La construcción de la CSN: una tarea por delante. Portal de Asuntos Públicos de la PUCP, octubre.

García, Jonás. EL CONSEJO DE DEFENSA SUDAMERICANO: ¿INSTRUMENTO DE INTEGRACIÓN REGIONAL O MECANISMO PARA LA HEGEMONÍA DEL BRASIL?. *UNISCI Discussion Papers*, núm. 18, octubre, 2008, pp. 159-176 Universidad Complutense de Madrid Madrid, España.

Garrido Carrasco, Jannette. 2008. El nuevo regionalismo: características y diferencias. Instituto de Integración Latinoamericana Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad Nacional de La Plata, no. 47.

Giacalone, Rita. 2013. "Venezuela en Unasur: integración regional y discurso político". *Desafíos* vol 25. Universidad de los Andes.

Gomes Saraiva. 2013. "Continuidade e mudança na política externa brasileira: as especificidades do comportamento externo brasileiro de 2003 a 2010". *Relações Internacionais*, no. 37, p. 63-78.

Goulart Menezes, Roberto. 2014. "La Alianza del Pacífico y la estrategia de integración sudamericana del Brasil " En *Política Internacional e Integración Regional Comparada en América Latina*, editado por Willy Soto Acosta, 81-92. FLACSO.

Gratius, Susanne. 2007. *Brasil en las Américas: ¿Una potencia regional pacificadora?*. Ed. Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior (FRIDE).

Gudynas, Eduardo. 2008. Las instituciones financieras regionales y la integración en América del Sur. En *Financiamiento e megaprojetos: umainterpretacao da dinâmica regional sul-americana*. Brasília: INESC.

Jaguaribe, H. (1979). "Autonomía periférica y hegemonía céntrica". *Estudios Internacionales* 12(46): 91-130.

Levis, Rogelio Plácido Sánchez; Enríquez, Diego Pérez (2020). "Crisis, tensiones, inseguridad y más fracturas: ¿Qué sucedió con el Consejo Sudamericano de Defensa?". In *Janus.net, ejournal of international relations*. Vol. 11, N° 2.

Malamud, Andrés. 2011. Conceptos, teorías y debates sobre la integración regional. Norteamérica. *Revista Académica del CISAN-UNAM*, 6(2), 219-249.

Milani et al. 2015. *Atlas de la Política Exterior Brasileña*. CLACSO.

Molina, F. (2007). “Los retos de la integración regional: de la Comunidad Suramericana de Naciones a la UNASUR”. VV AA. La integración sudamericana: presencia de Venezuela y Brasil. Caracas. Universidad Central de Venezuela, pp. 55-83.

Morales Fajardo, María Esther. 2007. Un repaso a la regionalización y el regionalismo: Los primeros procesos de integración regional en América Latina. *CONfines*, agosto-diciembre.

Neumann, Iver B. (ed.) (1992): *Regional Great Powers in International Politics*. Basingstoke: St. Martin's Press.

Nolte, Detlef, “Potencias regionales en la política internacional: conceptos y enfoques de análisis”. *GIGA Working Papers*, no. 30 (2006).

Nye, Joseph S. (2004): *Soft Power. The Means to Success in World Politics*. New York: Public Affairs.

Osterud, Oyvind (1992): *Regional Great Powers*, en: Neumann, Iver B. (ed.), l.c., pp. 1-15.

Pagni Fernández. 2020. “Política exterior brasileña: esquema teórico-pragmático entre 1946 y 2010”. UCSF, Universidad Católica de Santa Fe.

Pastrana Buelvas Eduardo, Vera Piñeros Diego. 2012. “Rasgos de la política exterior brasileña en su proceso de ascenso como potencia regional y jugador global” en *Colombia y Brasil: ¿socios estratégicos en la construcción de Suramérica?* editado por Flandes Daniel, Jost Stefan y Pastrana Buelvas Eduardo. Bogotá: Editorial Pontificia. Universidad Javeriana. Fundación Konrad Adenauer. German Institute of Global and Area Studies (GIGA). Universidad San Buenaventura.

Pereyra Doval, Gisela. "La autonomía como eje rector de la política exterior. El caso brasileño." *Temas y Debates* 25 (enero-junio 2013): 109-125.

Puig, J. C. (1980). *Doctrinas internacionales y autonomía latinoamericana*. Caracas: Universidad Simón Bolívar, Instituto de Altos Estudios de América Latina.

Quispe, Luciano; Loncharich, Iván; Espinoza, Lidia y Mormontoy, Erick. La integración en infraestructura sudamericana: un análisis a partir del liderazgo regional brasileño. *Revista Andina de Estudios Políticos*. 2013. Vol. III, N° 1, pp. 166-185.

Riggirozzi, Pia (2010). Region, Regioness and Regionalism in Latin America. Towards a new Synthesis. Argentina: LATN Working Paper n.º 130, abril.

Riggirozzi, P. y Tussie D. “Claves para leer al regionalismo sudamericano: fortaleciendo el estado, regulando el mercado, gestionando autonomía”, *Perspectiva Revista de Ciencias Sociales*, no. 5 (2018) 6-21.

Riggirozzi, Pía y Tussie, Diana. “The rise of post-hegemonic regionalism in Latin America”, en: Riggirozzi, Pía & Tussie, Diana (eds.). *The Rise of Post Hegemonic Regionalism: the Case of Latin America*, Dordrecht, Springer, 2012, pp. 1-16.

Ríos Sierra, Jerónimo. "UNASUR o la Confluencia de dos Liderazgos Regionales de Signo Dispar: Brasil y Venezuela." *Reflexión Política* 13, no. 25 (2011) 50-63.

Rocha Valencia, Alberto y Morales Ruvalcaba Daniel E. “Potencias medias y potencias regionales en el Sistema Político Internacional: dos modelos teóricos” *Geopolíticas* 1, no. 5 (2011)

Sanahuja, José Antonio. “La construcción de una región: Suramérica y el regionalismo posliberal.” En *Una región en construcción. Unasur y la integración en América del Sur*, editado por Manuel Cienfuegos y José A. Sanahuja, 87-134. Fundación CIDOB, 2010.

Sanahuja, José Antonio. 2011. Multilateralismo y regionalismo en clave suramericana: el caso de Unasur. *Pensamiento Propio* 33. 117-160.

Sánchez, Fabio. 2014. “El papel de las Cumbres Suramericanas del siglo XXI como antecedente de la UNASUR”. *Documentos de Trabajo*, no. 7, [https://www.iri.edu.ar/images/Documentos/doc\\_trab\\_7\\_abril%202014.pdf](https://www.iri.edu.ar/images/Documentos/doc_trab_7_abril%202014.pdf) (consultado el 26 de junio de 2023).

Tratado Constitutivo de la Unión de Naciones Suramericanas, 2008.

Tussie, Diana y Trucco, Pablo. 2010. *Nación y región en América del Sur. Los actores nacionales y la economía política de la integración sudamericana*, Teseo, Buenos Aires, Argentina.

Vadell, Javier y Giaccaglia, Clarisa. 2020. El rol de Brasil en el regionalismo sudamericano: la apuesta por una inserción internacional solitaria y unilateral. *Foro Internacional*, núm. 3: 1041-1080.

Vigevani, Tullo y Ramanzini Junior, Haroldo. 2014. Autonomia, Integração Regional e Política Externa Brasileira: Mercosul e Unasul. *Revista DADOS* vol. 57: 517-552.

Vigevani, Tullo y Cepaluni, Gabriel. 2007. A política externa de Lula da Silva: a estratégia da autonomia pela diversificação. *Contexto Internacional* (julio-diciembre): 273-335.

Zilla, C. (2017). Brazil's foreign policy under Lula. (SWP Research Paper, 2/2017). Berlin: Stiftung Wissenschaft und Politik -SWP- Deutsches Institut für Internationale Politik und Sicherheit. <https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:0168-ssoar-51151-0>.